

**CONSECUENCIAS EPISTEMOLÓGICAS Y METODOLÓGICAS DE LA
PROPUESTA ÉTICA DE E. LÉVINAS EN EL TRABAJO SOCIAL**

**EPISTEMOLOGICAL AND METHODOLOGICAL CONSEQUENCES OF
E. LEVINAS' ETHICAL PROPOSAL ON THE FIELD OF SOCIAL WORK**

Francisco Idareta Goldaracena.

Universidad de Pública de Navarra, España.

RESUMEN

Consideramos que la evaluación en Trabajo Social es fundamental para la adquisición de un conocimiento ético-científico. Conjeturamos que, debido al método inductivista propuesto por M.E. Richmond, se ha extendido peligrosamente entre los profesionales la tendencia a la generalización y a la actitud acrítica para con el usuario, contribuyendo de esa manera a hacer mecánico y rutinario el ejercicio profesional. Dada la importancia que este método crítico tiene para la adquisición de un conocimiento ético-científico en el Trabajo Social, nuestro objetivo en el presente artículo consiste en exponer la justificación de dicha actitud de vigilancia epistemológica y metodológica a partir de la propuesta ética de E. Lévinas. Un autor para el cual la actitud vigilante se origina gracias a la sensibilidad a la que ha sido despertado por el rostro del Otro.

PALABRAS CLAVE: E. Lévinas, ética, epistemología, conocimiento científico, evaluación, trabajo social.

ABSTRACT

We consider that the process of evaluation in Social Work is fundamental in order to acquire ethical-scientific knowledge. We surmise that, given the inductive methodology proposed by M. E. Richmond, the tendency towards generalization and an acritical attitude towards the user has dangerously spread throughout the working practices of professionals in this field, therefore contributing towards a mechanical and routine-driven exercise of their profession. Given the importance that this critical method has for the acquisition of an ethico-scientific knowledge in the field of Social Work, our objective as stated in this very article, consists of exposing the justification of the aforementioned notion of epistemological and methodological vigilance derived from the ethical proposal of E. Lévinas: an author for whom the vigilant notion originates as a result of sensibility being awakened by the face of the Other.

KEYWORDS: E. Levinas, ethics, epistemology, scientific knowledge, evaluation, social work.

Correspondencia: Francisco Idareta Goldaracena. C/ Izpea, 21. 31173 – Ibero, Navarra. Tfno: 650739808, e-mail: fran_idareta@yahoo.es

1.- Introducción.-

Las consecuencias epistemológicas y metodológicas que se derivan de la única teoría específica de Trabajo Social, es decir, del diagnóstico social utilizado por Richmond -cuyo método es el inductivista -, son la adquisición de un saber seguro que promueve que el profesional se erija como máxima autoridad incuestionable, tendiendo así a tratar de modo paternalista al usuario, al que considera exento de responsabilidad y madurez suficientes para tomar sus propias decisiones de modo crítico y autocrítico. El método inductivista tiene como fuente de conocimiento la observación, por medio de la cual capta el conocimiento puro, prescindiendo de la crítica en la adquisición del conocimiento científico. Conjeturamos que la falta de actitud crítica y autocrítica de los profesionales del Trabajo Social con respecto al conocimiento adquirido así como con la intervención realizada se encuentra relacionada con este método inductivista utilizado por la fundadora del Trabajo Social M.E. Richmond. Dado que adquirimos un saber seguro del usuario, no hay necesidad de someterlo a crítica.

Consideramos que la principal consecuencia que se deriva del richmoniano método inductivista es la falta de concienciación de los profesionales en torno a la importancia que tiene la fase evaluativa en el ejercicio profesional. El lema de Richmond fue *saber para actuar*, conocer inductivamente al usuario para, sólo así, poder intervenir en consecuencia. Pero, en este modo de proceder, la actitud crítica sistemática, consciente y constante no tenía razón de ser: el conocimiento que se adquiría por medio de la observación era seguro, infalible, perfecto y definitivo. Por tanto, en este esquema inductivista, la actitud crítica y autocrítica del conocimiento y de nuestra intervención era prescindible. Por ello, es probable que sólo cuando el método científico estaba consolidado en el resto de profesiones, es decir, el método crítico, el Trabajo Social se ha visto obligado a incorporar la fase evaluativa a su modo de proceder.

Nuestra tesis consiste en afirmar que el diagnóstico social richmoniano, como método inductivista en la adquisición del conocimiento científico del usuario, ha llevado a los profesionales del Trabajo Social a no estar lo suficientemente sensibilizados con la importancia de incorporar, con absoluta sistematicidad, la fase

evaluativa a su procedimiento habitual. Prescindir de aquella actitud crítica sistemática que nos lleve a cuestionarnos cómo conocemos y las consecuencias de tal conocimiento, así como nuestro modo de intervenir y sus consecuencias, arrastra al profesional a intelectualizar al usuario, a ser paternalista y hasta indiferente e intolerante con él. La adquisición de un saber seguro sobre el usuario, nos hace creer a los profesionales que ostentamos el poder en nuestra relación profesional con el usuario.

Pero el usuario no es reductible a una idea, a un dato. El usuario tampoco es reductible al conjunto de datos que el profesional haya podido recabar. Pese a que el método inductivista nos impulse a ello, es decir, a ajustar al usuario a la idea segura e infalible que tengamos de él, lo cierto es que el Otro, como insistiera Lévinas, no es reductible a la medida de las categorías cognitivas del sujeto que lo recibe. La realidad siempre se resiste a ser categorizada, a ser catalogada en una u otra etiqueta. Pero esa resistencia que ejerce la realidad, concretamente la realidad del Otro, la del usuario, sólo se capta a través de la crítica y autocrítica del conocimiento y de la intervención diaria. En nuestro caso, abordaremos esta problemática desde la perspectiva levinasiana.

2.- La ética de E. Lévinas: La instauración de la actitud crítica y autocrítica del profesional gracias al rostro del usuario.-

Como veremos, en la propuesta de Lévinas, esta actitud crítica y autocrítica se produce gracias a tres nociones centrales: el rostro, la sensibilidad y la vigilancia. La vulnerabilidad del rostro del Otro es la que provoca el despertar de la suya propia en el sujeto que lo recibe. Sentir -y no sólo saber de- la vulnerabilidad del Otro gracias a la impactación de su rostro, lleva al sujeto que lo recibe a no volver a categorizarlo definitivamente en adelante, puesto que ha sentido aquella vulnerabilidad del Otro que le impide ajustarlo a la idea que tenga de él. Sentir la vulnerabilidad del Otro es la que lleva al sujeto que lo recibe a descategorizar después de haberlo categorizado.

La noción de rostro la entendemos como aquella vulnerabilidad del Otro que despierta la mía propia a modo de respuesta prevoluntaria a él. Una noción que

Lévinas sitúa en coordenadas temporo-espaciales ambiguas como la *diacronía* y el *más allá del ser*. La *diacronía* la entendemos como aquel tiempo imprevisible del Otro que siempre precede al tiempo sincronizante del sujeto que lo recibe. Mientras que el *más allá del ser* lo entendemos como aquel lugar siempre inalcanzable, no categorizable ni fenomenizable para el Mismo. En definitiva, desde la perspectiva levinasiana, es el rostro del Otro el que provoca mi responsabilidad. Una responsabilidad que entendemos como bondad que precede a la libertad y que, a lo largo de la obra levinasiana, adopta las forma de *sensibilidad* y *vigilancia*.

La *sensibilidad* consiste en sentir la irreductibilidad de la vulnerabilidad del Otro. Es ofrecimiento prevoluntario al Otro que siente el sujeto que lo recibe; es deseo irrefrenable de ayudar al Otro; es sufrimiento por el sufrimiento del Otro que lleva al sujeto que lo recibe, siempre a su pesar, a considerarlo irreductible a cualquiera de sus categorías cognitivas. La *sensibilidad* es afectación corporal antes que cognitiva, que lleva al sujeto que lo recibe a no poder dejar de responder al Otro. Por su parte, la *vigilancia* es aquella voluntad investida por la sensibilidad, aquella actitud crítica y autocrítica exigida por la sensibilidad por la que el sujeto que recibe al Otro lo descategoriza.

Así, el rostro despierta en el sujeto aquella sensibilidad que le mantendrá en adelante alerta, vigilante, impidiendo todo intento por su parte de categorización definitiva, descategorizando al Otro en todo momento tras cada categorización. Si el saber seguro nos llevaba a los profesionales a tender al dogmatismo, al paternalismo, a la indiferencia y a la intolerancia por intelectualizar al usuario y sus aspectos emocionales, inspirados en Lévinas, podemos afirmar que, gracias a la exigencia que nos impone la sensibilidad, es decir, gracias a haber *sentido* la vulnerabilidad que nos lleva a *re-conocer* la irreductibilidad del Otro, nos mantenemos vigilantes, críticos y autocríticos, frente a todo propósito de categorización definitiva del usuario por nuestra parte.

Las implicaciones epistemológicas y metodológicas de la perspectiva levinasiana en el Trabajo Social son pues importantes: impide el saber seguro e infalible del usuario e instaura la actitud crítica y autocrítica como método que impide categorizar definitivamente al usuario. En realidad, consideramos que lo

que la propuesta levinasiana aporta al Trabajo Social es la explicación de los motivos que deben llevar al profesional a concienciarse de que, por más conocimiento que obtenga del usuario, este conocimiento adquirido nunca puede ser excusa para ejercer sobre éste su dominio, su poder, su autoridad de experto. Desde la perspectiva levinasiana, el profesional siempre deberá respetar y proteger la decisión autónoma del usuario y esto únicamente se logra a través de la incorporación de la sistematización de la actitud crítica y autocrítica consciente y constante en el ejercicio diario de la profesión que, como hemos visto, se encuentra investida por la sensibilidad ética.

Dicho de otro modo, las consecuencias de la aproximación de la ética de Lévinas al Trabajo Social son la adquisición de un saber ético provisional que se garantiza gracias a recibir al Otro por la sensibilidad que nos exige nuestra vigilancia extrema descategorizante. El saber inductivo, seguro y definitivo nos lleva a los profesional a intelectualizar la relación con el usuario, y por ello, a distanciarnos de él, hasta promover nuestra indiferencia e intolerancia para con el mismo. Esto sucede porque creer que poseemos la verdad absoluta sobre el usuario nos da la autoridad suficiente como para tomar decisiones sobre su vida sin contar con él. El método inductivo no contempla necesaria la actitud crítica que nos lleva a los profesionales a la adquisición de un conocimiento ético-científico provisional y por ello respetuoso y protector de la decisión autónoma del usuario.

Esta sensibilidad a la que se refiere Lévinas, es decir, el sentir prevoluntariamente la irreductibilidad de la singularidad y vulnerabilidad del usuario, será la que impida nuestra categorización definitiva y, por ende, instaure nuestra sistemática actitud crítica y autocrítica descategorizante. Una actitud crítica y autocrítica que no sólo tiene consecuencias epistemológicas sino también metodológicas. La vigilancia extrema a la que se refiere Lévinas la entendemos como aquella actitud crítica y autocrítica sistemática y consciente como método para la adquisición del conocimiento ético-científico y para realizar una intervención social de la máxima calidad.

El profesional que aborda al usuario exclusivamente por la razón y que por ello, tiende a relacionarse con una idea suya que tiene del usuario y no con la única

e irrepensible singularidad del mismo, nunca llegará a poder diseñar una intervención adecuada ni ética ni metodológicamente. No sólo hemos de *saber* del usuario, sino que también, y prioritariamente, debemos *sentir* al usuario. Lo cual nos revela siempre más información de este y, desde la perspectiva levinasiana, es lo que impide ajustarnos al usuario a la idea que tenemos de él: saber del usuario, aproximarnos exclusivamente por la razón a él, nos lleva a intelectualizarlo, a relacionarnos con la idea que tenemos de él y no con él; mientras que al ser despertada nuestra sensibilidad por su rostro, llegamos a sentir aquella irreductibilidad de su vulnerabilidad que nos exigirá en adelante no reducirlo a la medida de la idea que tengamos de él.

Pero, siguiendo a Lévinas, esto nos lleva a *ir siempre más allá*. La sensibilidad que exige nuestra vigilancia como actitud crítica y autocrítica sistemática se debe a que tenemos la ética como primera filosofía. Tener la ética como primera filosofía consiste en salvaguardar la irreductibilidad de la singularidad del usuario, es decir, en proteger a ultranza su decisión autónoma. Tener la ética como primera filosofía consiste en *ir más allá* del cumplimiento estricto y obediente de los principios éticos por parte del profesional que, por una parte, personaliza los principios éticos debido al saber ético que le exige la sensibilidad, mientras que por otro lado, tras la categorización, procede a descategorizar al usuario. Además, este profesional que tiene la ética como primera filosofía es crítico (vigilante) con el sufrimiento de cada caso concreto puesto que se aproxima al usuario por la sensibilidad, captando así sus aspectos emocionales sin categorizarlo definitivamente.

La vigilancia exigida por la sensibilidad es la que nos lleva siempre a *ir más allá del ser*. Ir más allá del ser que consiste en que, partiendo de los principios éticos, los personalizamos en cada usuario concreto, velando por descategorizarlo tras cada categorización diagnóstica. Consiste en ayudar al usuario a ayudarse a sí mismo sin categorizarlo definitivamente protegiendo su decisión autónoma. Consiste en no cumplir estricta, obediente, pero sobretodo, acriticamente con los principios éticos, sino en ser críticos con el sufrimiento irreductible, único e irrepensible de cada caso concreto y su contexto más inmediato.

Ir más allá del ser no deslegitima al profesional, mientras tenga la ética como primera filosofía, dado que así es como se encuentra sometido a la crítica del rostro -del usuario, del resto de colegas, etc.-, así como a la autocrítica por medio de su propia vigilancia. Ir más allá del ser establece la primacía del usuario que supone para el profesional, por una parte, acoger racionalmente sus aspectos emocionales sin categorizarlo definitivamente: ya que, primero, se siente la irreductibilidad de la vulnerabilidad y el sufrimiento del usuario; seguidamente, se efectúa la categorización diagnóstica (ontológica) del usuario y, finalmente, por exigencia de la sensibilidad, se procede a descategorizarlo. En síntesis, gracias a sentir prevoluntariamente la irreductibilidad de la singularidad del usuario, no lo categorizamos definitivamente; o dicho de otro modo, gracias a sentir prevoluntariamente la vulnerabilidad del usuario, lo re-conocemos como irreductible a la medida de nuestras categorías diagnósticas. Por otro lado, el establecimiento de la prioridad del usuario supone un plus de responsabilidad del profesional que consiste en someter a crítica y autocrítica constante el conocimiento adquirido y su intervención en todo momento.

Pero entendemos que no podemos quedarnos aquí en nuestra aproximación de la ética de Lévinas al Trabajo Social. Como lo venimos señalando, hemos de intentar siempre *ir más allá*, para que la ética llegue hasta los últimos recovecos paternalistas de la práctica del Trabajo Social. Debemos hilar muy fino si nuestro propósito consiste en proteger la decisión autónoma del usuario. Por ello, qué mejor que realizar, desde la perspectiva levinasiana, una revisión metodológica breve y lo más profunda que la extensión del artículo nos lo permita. Para Lévinas, la ontología se caracterizaba por ser “un estado fijo de cosas” (Lévinas & Kearney, 1998: 214), un saber seguro, definitivo e infalible de la realidad que llega a ahogar a ésta. Este saber ontológico sustituía la idea que teníamos de la realidad por la realidad misma. Por ello, la propuesta de Lévinas fue investir todo proceso ontológico -que supusiera la categorización definitiva de la realidad- por medio de la ética -que velaba por su descategorización o devolución de la realidad tematizada o categorizada a su estado preoriginario e irreductible-.

Cuando la ética rige los procesos ontológicos en Trabajo Social, es decir, cuando el conocimiento que adquirimos es sistemática y metódicamente sometido a

crítica y autocrítica, procedemos así a salvaguardar la decisión autónoma del usuario, para con el cual debemos consensuar el tratamiento social sobre el cual él tendrá la última palabra. Es algún aspecto de su vida el que pretende mejorar, rehabilitar o paliar, por lo que será él el que decida qué solución le interesa y cuál no. Efectivamente, nos adentramos en el análisis del proceso metodológico del Trabajo Social. Por ello, entendemos que el alcance de la ética también debe llegar hasta aquí. No en vano, un inadecuado planteamiento de los objetivos, del diseño de la intervención, o del conocimiento de los recursos, entre otras cuestiones, puede causar un daño siempre innecesario en el usuario.

Consideramos que la aportación realizada por Octavio Vázquez (2008) en torno a la evaluación del proceso metodológico del Trabajo Social ha sido una referencia fundamental a la hora de elaborar este artículo. A la rigurosa reflexión que este autor realiza en torno a la evaluación y que suscribimos en su totalidad, únicamente añadiremos el enfoque levinasiano. Un enfoque que posibilita sentar los motivos que nos han de llevar a los profesionales del Trabajo Social a la sistematización de la evaluación en el Trabajo Social, si pretendemos la adquisición de un conocimiento ético-científico que redunde en una intervención social de la máxima excelencia.

3.- Más allá de la Fase Evaluativa en el Trabajo Social: la vigilancia como actitud crítica y autocrítica constante.-

Nos centraremos concretamente en la evaluación del diagnóstico, del diseño de la intervención y de su implementación en el Trabajo Social de Casos. Como hemos comprobado, el diagnóstico social richmoniano se fundamentaba en un método inductivo por el que el profesional adquiriría un saber seguro, infalible y definitivo sobre el usuario. Por ello, el diagnóstico social que planteamos evaluar es muy diferente de aquél. El diagnóstico social de Richmond no requería ni exigía ninguna revisión del conocimiento científico adquirido. Por su parte, el diagnóstico social que proponemos, un diagnóstico social ético-científico, somete a crítica constante todo el conocimiento adquirido. El conjunto de datos relativos al usuario, son sistemáticamente sometidos a crítica, de modo que, en lo sucesivo, podamos

modificar el rumbo de la intervención diseñada a medida que detectemos que la situación del usuario ha cambiado. Sólo así, tomando conciencia de la provisionalidad y criticabilidad de nuestro conocimiento, evitaremos promover la consiguiente tendencia al paternalismo, al dogmatismo, a la indiferencia y a la intolerancia para con el usuario.

Del mismo modo, el diseño de la intervención, deberá ser sistemáticamente supervisado, incluso mientras está siendo llevado a la práctica, es decir, en el proceso de implementación. La sistemática y consciente reflexión crítica y autocrítica sobre la situación concreta, única e irrepetible del usuario, así como el nuevo conocimiento al que dé lugar del mismo, nos obliga a modificar, en consenso con él, el diseño inicial de nuestra intervención que, de ese modo, se ajustará mejor a su nueva y siempre singular problemática. Todo ello porque “el Trabajo Social de casos se realiza con personas y familias concretas que necesitan una respuesta propia y diferenciada tanto a la realidad que motiva la intervención como a los resultados obtenidos en la misma” (Vázquez, 2008: 221).

Desde la perspectiva levinasiana, es la sensibilidad a la que somos despertados por el rostro del usuario la que nos lleva a ser críticos y autocríticos con su sufrimiento concreto y con el contexto específico en el que éste se produce. De poco -o nada- sirven aquellas actividades que no tienen en cuenta la unicidad exclusiva de la singularidad irrepetible del usuario, sus necesidades y capacidades específicas. No obstante, esta misma sensibilidad a la que somos despertados por el rostro y que nos exige nuestra actitud vigilante para con el conocimiento adquirido y la intervención diseñada e implementada, nos exige la excelencia a los profesionales. *Ir más allá del ser* significa ser autocríticos con aquellos aspectos que cada uno de los profesionales debemos mejorar para desempeñar de la mejor manera posible nuestra profesión. Por ello, la vigilancia como actitud crítica también nos lleva a ser autocríticos y tener en cuenta nuestras propias capacidades, potencialidades, fortalezas y debilidades. Hasta el punto de que si un profesional

desconoce cómo proceder, lo más pertinente sea derivar el caso a aquel colega que mejor sepa y pueda gestionarlo¹.

En definitiva, la sistematicidad de la actitud crítica no sólo debe mantenerse en el diagnóstico o en el diseño de la intervención, sino también en su implementación. De hecho, consideramos que esta actitud crítica consciente y sistemática debe formar parte de la metodología del Trabajo Social. Es decir, la actitud crítica y autocrítica debe ser inherente a la metodología del Trabajo Social, su esencia, aquel elemento que da sentido ético-científico a dicha metodología. Si pretendemos adquirir un conocimiento ético-científico del usuario y de su contexto social, la incorporación de la fase evaluativa al proceso metodológico es imprescindible. No en vano, siguiendo a Popper, sin método crítico, no hay progreso científico. Del mismo modo, en el Trabajo Social de casos, la fase evaluativa incorporada a la metodología pretende llamar la atención del profesional respecto de la importancia de su actitud crítica constante y sus consecuencias. Puesto que, si sabemos que vamos a evaluar lo que nuestro conocimiento adquirido y la intervención que diseñamos y llevamos a la práctica, nuestra actitud crítica y autocrítica se activa más fácilmente desde el comienzo del proceso. Saber que todo nuestro conocimiento del usuario, el diseño de la intervención y la implementación de la misma van a ser evaluados, aunque sea con posterioridad, promueve nuestra sistemática vigilancia epistemológica y metodológica, con respecto a lo que conocemos y cómo lo conocemos y con respecto al modo en que intervenimos.

No obstante, aunque consideramos que es imprescindible la incorporación de la fase evaluativa a la metodología de trabajo de dicha disciplina, lo cierto es que nos parece más importante que la actitud crítica y autocrítica no se limite a esta fase (evaluativa) dentro de dicha metodología, sino que se extienda a todas las fases del proceso y así, a todo el ejercicio de la profesión. Aunque nos encontremos en la fase de implementación, debemos seguir conociendo al usuario y, caso de que se produzca algún cambio en su situación, hemos de valorar críticamente si éste daría lugar a modificaciones en el diseño de la intervención. Incluso la propia evaluación o actitud crítica de la implementación del diseño puede modificar el

¹ Cfr. Vázquez, 2008: 224.

diagnóstico y el diseño de la intervención. Además, la incorporación de la actitud crítica sistemática incrementa el conocimiento ético-científico del Trabajo Social.

En nuestra opinión, lo que hará de nuestra profesión una disciplina ético-científica no sólo será la incorporación y sistematización de la fase evaluativa a la metodología del Trabajo Social. Pretendemos llamar la atención sobre el hecho de que esta fase evaluativa es algo puntual en el proceso metodológico, mientras que lo que proponemos es la sistematización de la actitud crítica y autocrítica en todas las fases del proceso metodológico, como elemento fundamental del ejercicio profesional sin el cual éste deja de tener sentido ético-científico. Nos referimos a aquella actitud crítica y autocrítica constante y consciente en cada momento del ejercicio profesional. Cuando esta actitud crítica y autocrítica sea considerada por la profesión del Trabajo Social como constitutiva de la misma, podremos hablar de eticidad y científicidad en el Trabajo Social. Mientras esta actitud crítica y autocrítica no sea considerada esencial en el ejercicio profesional, seguiremos refiriéndonos a las consecuencias anteriormente citadas (tendencia al dogmatismo, paternalismo, etc.).

4.- Conclusiones.-

Cuando nos referíamos a que, desde la perspectiva levinasiana, el rostro del usuario nos insta a *ir más allá*, aludíamos a esta actitud crítica y autocrítica con la que el profesional debe ejercer su profesión en todo momento. Dicho de otro modo, se pretende hacer extensiva la actitud de reflexión crítica de la fase evaluativa al resto de fases, al resto de procesos que conforman el ejercicio de la profesión del Trabajo Social. La insistente expresión levinasiana *ir más allá del ser* consiste, a nuestro modo de ver, en esta actitud crítica y autocrítica permanente del profesional que, exigido por aquella sensibilidad a la que es despertado por la vulnerabilidad del usuario, le llevará a la adquisición de un conocimiento ético-científico, así como a diseñar y llevar a cabo una intervención de la máxima calidad, personalizando siempre en sus actuaciones, velando porque cada intervención concreta se ajuste del mejor modo posible a los requerimientos específicos de un usuario concreto, único e irrepetible. Una actitud crítica y autocrítica que, desde la

perspectiva popperiana se conoce como método crítico y que caracteriza al método científico. Esta es nuestra propuesta para el Trabajo Social: vigilancia epistemológica y metodológica del profesional que, exigido por la sensibilidad ética, velará por salvaguardar la decisión autónoma del usuario, a través de la adquisición de un conocimiento siempre provisional que promoverá el respeto y la tolerancia para con él.

Desde la perspectiva levinasiana, nuestra sensibilidad para con el usuario concreto promueve que personalizemos el tratamiento. Aunque el diseño del tratamiento pueda parecerse al planteado en otros casos, la especificidad y unicidad del diagnóstico al que arribamos, dada la singularidad irreductible del usuario, nos obliga a que su tratamiento sea, del mismo modo, exclusivo. Algo que, dicho sea de paso, nos lleva a evitar la sobrecarga de trabajo evitando “volver rutinarias, repetidas y reiteradas actuaciones profesionales que deberían ser singulares. La experiencia y la información que nos proporcionan las evaluaciones no están destinadas a repetir lo ya hecho, sino a saber captar el carácter único de cada situación” (Vázquez, 2008: 228). La singularidad de cada caso exige la singularidad del tratamiento, y para ello, una sistemática actitud crítica y autocrítica del profesional, que velará así por ajustar, siempre de modo provisional y perfectible, el tratamiento específico a cada caso concreto e irreductible.

La sensibilidad para con el usuario promueve sintamos aquella vulnerabilidad por la que lo consideramos irreductible a nuestras categorías cognitivas, instándonos a mantenernos vigilantes ante cuantas operaciones categorizantes llevemos a cabo, para que, después de las mismas, procedamos a descategorizar al usuario. Ésta es, inspirándonos en la perspectiva de E. Lévinas, la concepción del usuario -aquel sujeto irreductible a nuestras categorías diagnósticas- tras nuestra aproximación de su ética al Trabajo Social. Una ética que instaura la sensibilidad y la vigilancia del profesional y que lo lleva a la adquisición de un conocimiento ético-científico del usuario. Conocimiento *ético* del profesional debido a que es respetuoso, tolerante y no-indiferente -o deferente- para con el usuario, del que protege su decisión autónoma al velar en todo momento por la provisionalidad y criticabilidad del saber adquirido. Un conocimiento *científico* porque, desde el punto de vista popperiano, la actitud crítica y autocrítica

sistemática, constante y consciente como método crítico es la característica fundamental del método científico.

Un método científico entendido como actitud crítica y autocrítica constante y no como aplicación mecánica de una serie de procedimientos que originan teorías científicas. Instrumentalizar el método científico nos lleva nuevamente a mecanizar un procedimiento, es decir, la aproximación al Otro, al usuario, en el que, como afirmaba Lévinas, hemos de mantenernos siempre vigilantes: críticos y autocríticos. Por ello, el método crítico, consistente en la vigilancia epistemológica y metodológica consciente y constante del profesional, es la que da lugar al conocimiento ético-científico. Un conocimiento que siendo científico, será ético y viceversa.

Este conocimiento no sólo promueve la protección de la decisión autónoma del usuario, sino que, siguiendo los principios ético-epistemológicos propuestos por Popper -principio de falibilidad, principio de búsqueda de la verdad y principio de discusión racional², también da lugar a una actitud falibilista del profesional, que toma conciencia de que el conocimiento seguro e infalible no es posible; esta actitud le lleva al profesional a contemplar la verdad no como susceptible de ser de su propiedad y dominio, sino como búsqueda, como idea regulativa inalcanzable, como idea aspiracional a la que se tiende pero que nunca se sabe ni se puede saber si estamos o no frente a ella. A su vez esta misma actitud es la que nos lleva a considerar al usuario como nuestro “igual en potencia” (Popper, 1992: 154), con el que debo consensuar el tratamiento que afectará en su vida y del que, simplemente por ello, tenemos la obligación de respetar sus decisiones.

Este conocimiento ético-científico será el que se derive no sólo de un conocimiento exhaustivo de las teorías de las que parte cada profesional, sino de la crítica y autocrítica sistemática de la práctica llevada a cabo desde modelos teóricos distintos. Dicho de otro modo, la actitud crítica y autocrítica constante de la práctica que se deriva de los enfoques teóricos de los diversos modelos de intervención, será la que origine el conocimiento ético-científico específico de

² Cfr. Popper, 1992: 153-154.

Trabajo Social³. Por ello, proponemos que el progreso científico en el corpus teórico del Trabajo Social se puede lograr a través de esta actitud crítica y autocrítica de nuestro conocimiento adquirido y de nuestra intervención diaria.

5.- BIBLIOGRAFÍA.-

- ARTIGAS, M. (1979). *K.R. Popper. Búsqueda sin término*. Madrid: Magisterio Español.
- ARTIGAS, M. (2001). *Lógica y ética en Karl Popper*. Pamplona: Eunsa.
- FERNÁNDEZ, T. & LÓPEZ, A. (2008). *Trabajo Social con Grupos*. Madrid: Alianza.
- FERNÁNDEZ, T. & PONCE, L. Naturaleza, filosofía, valores y principios del Trabajo Social con Casos. En T. FERNÁNDEZ (Coord.). (2008). *Trabajo Social con Casos* (pp. 33-58). Madrid: Alianza.
- IDARETA, F. (2010a). Desde la Compasión de J. Addams a la Responsabilidad para con el Otro: La propuesta ética de E. Lévinas para el Trabajo Social. *Portularia*, 10(2), 65-75.
- IDARETA, F. (2010b). *Ética como primera filosofía: aproximación de la ética de E. Lévinas al Trabajo Social*. Tesis doctoral inédita. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- IDARETA, F. (2011a). Sensibilidad como racionalidad ética: aproximación de la ética de Emmanuel Lévinas al Trabajo Social. Ponencia aceptada en el Congreso Internacional de Ética y Filosofía Política “Nosotr@s y los Otros” que se celebrará del 1-3 de Junio de 2011 en la Universidad del País Vasco. (aceptado para su publicación)
- IDARETA, F. & ÚRIZ, M^aJ. (2011b). Aportaciones de la ética de la alteridad de E. Lévinas y la ética del cuidado de C. Gilligan a la intervención en Trabajo Social. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social* (aceptado para su publicación)
- IDARETA, F. (2011c). De M. Richmond a K.R. Popper y E. Lévinas: hacia la científicidad y el conocimiento ético para el Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*. Universidad Complutense de Madrid (aceptado para su publicación).
- IDARETA, F. (2011d). Aproximación de la ética de Emmanuel Lévinas al Trabajo Social. *Portularia*. Universidad de Huelva (a la espera de aceptación para su publicación).
- IDARETA, F. (2011e). Del insomnio provocado por el *hay*, al despertar ético del rostro: tras las huellas de la vigilancia levinasiana como actitud crítica y autocrítica gracias a la *epojé*. *Revista de Filosofía*. Universidad Complutense de Madrid (a la espera de aceptación para su publicación).
- LÉVINAS, E. & KEARNEY, R. (1998). Ética del Infinito. En R. KEARNEY. *La paradoja europea* (pp. 197-218). Barcelona: Tusquets.
- LÉVINAS, E. (2000). *De la existencia al existente*. Madrid: Arena.
- LÉVINAS, E. (2003). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca: Sígueme.
- LÉVINAS, E. (2006a). *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Siglo XXI.
- LÉVINAS, E. (2006b). *Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- LÓPEZ, A. (2010). *Teoría del Trabajo Social con Grupos*. Madrid: Universitas.
- MOIX, M. (2006). *Teoría del Trabajo Social*. Madrid: Síntesis.

³ Consideramos que los modelos de Trabajo Social son aplicaciones prácticas de teorías de otras disciplinas al Trabajo Social, es decir, no son teorías específicas propias del Trabajo Social.

- PONCE, L. & FERNÁNDEZ, T. El conocimiento científico y las bases metodológicas del Trabajo Social. En T. FERNÁNDEZ. (2009). *Fundamentos del Trabajo Social* (pp. 249-291). Madrid: Alianza.
- POPPER, K.R. (1982). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- POPPER, K.R. (1985). *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*. Madrid: Tecnos.
- POPPER, K.R. (1990). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- POPPER, K.R. (1992). *Sociedad abierta. Universo abierto*. Madrid: Tecnos.
- POPPER, K.R. (1994). *En busca de un mundo mejor*. Madrid: Tecnos.
- POPPER, K.R. (1997). *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Barcelona: Paidós.
- POPPER, K.R. (2002). *La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento*. Barcelona: Paidós.
- POPPER, K.R. (2003). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós.
- POPPER, K.R. (2010). *Conocimiento objetivo*. Madrid: Tecnos.
- RICHMOND, M. (1977). *Caso Social Individual*. Buenos Aires: Humanitas.
- RICHMOND, M. (2007). *Diagnóstico Social*. Madrid: Siglo XXI.
- SOYDAN, H. (2004). *La historia de las ideas en el Trabajo Social*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- URSÚA, N. (1993). *Cerebro y conocimiento: un enfoque evolucionista*. Barcelona: Anthropos.
- VÁZQUEZ, O. (2008). Los instrumentos de evaluación. En T. FERNÁNDEZ (Coord.). (2008). *Trabajo Social con Casos* (pp. 221-250). Madrid: Alianza.
- VISCARRET, J.J. (2007). *Modelos y métodos de intervención en Trabajo Social*. Madrid: Alianza.